

# Los catecismos pictográficos en la iniciación cristiana

*Luis Resines Llorente*

## Catecismos pictográficos: un pequeño tesoro limitado

En efecto, se trata de muy pocos ejemplares, apenas una treintena, que han pasado desapercibidos para la inmensa mayoría de los estudiosos de la catequesis, precisamente por lo raros que son. El calificativo de «pictográficos» muestran a las claras que transmiten la fe cristiana por medio de dibujos, por medio de pictogramas. Si esta denominación puede valer para cualquier tipo de transmisión por dibujos, a estos escasos ejemplares les cuadra igualmente el calificativo de «jeroglíficos», pues según la etimología se trata de dibujos o grabados sagrados (*ieros- glyphos*).

Al ser pocos apenas se habla de ellos, lo que contribuye a un mayor desconocimiento, ya que están refugiados en los recovecos de algunas bibliotecas: Madrid, México, París, Londres... Constituyen un pequeño tesoro por su valor intrínseco, histórico, antropológico, etnográfico, pues en ocasiones se han estudiado desde alguna de estas perspectivas, pero por desgracia apenas se ha destacado su primario valor religioso, para el que fueron realizados. La Iglesia en conjunto, otras veces solícita con la cultura, en esta ocasión no ha estado fina.

## Catecismos para una auténtica iniciación cristiana

Sería preciso retroceder a los tiempos del descubrimiento de América, para ser testigos de su origen. Años crudos, en que los primeros religiosos franciscanos mantuvieron el tipo y la ilusión cuando todo invitaba al desaliento. Los primeros en arribar a México (agosto de 1523), Pedro de Gante (Gand), Juan de Tecto (Toict) y Juan de Ahora (Ayora) pasaron casi un año tratando de captar la lengua dominante, el náhuatl; cuando llegó en 1524 la expedición de Martín de Valencia se refirieron a la dificultad de la lengua: «Aprendemos la teología que de todo punto ignoró san Agustín». Sus nuevos compañeros derrocharon tiempo e ingenio en superar este obstáculo casi imposible.

Cuando Pablo de Tarso trataba de esparcir las primeras semillas del cristianismo en Grecia, en Atenas (*Hch*, 17) no cosechó demasiados triunfos; pero al menos se entendía con la gente que le escuchó. En América, la iniciación fue todavía más atrás y hubo de superar una dura barrera de genuina e indispensable *iniciación*, antes de que pasara a ser iniciación *cristiana*.

## ¿Sólo el obstáculo de la lengua?

Con resultar compleja y difícil, llena de marañas y tropiezos, la de la lengua no fue la mayor prueba de fuego. Una vez que pudieron entender y hacerse entender, lentamente, fueron presentando algunos elementos de la fe cristiana. Entonces apareció con toda su magnitud el otro gran impedimento, porque proponían otros criterios, nuevas costumbres, una religión diversa, un cambio radical de panteón, otro tipo de moral desusada, otro estilo de oración y otras solemnidades,... Aquello era mucho, casi demasiado. Lo que en realidad pretendían era una verdadera y genuina iniciación cristiana a partir del cero absoluto.

Cuando Isaías exultaba por los pies del mensajero que trae la buena noticia por los montes (*Is* 52, 7), el mensajero también era entendido por los que le escuchaban. Pero ahora se trataba de la necesidad de un traductor que vertiera una religión en otra; que sustituyera una moral por la recién propuesta. Se necesitaba un traductor que no sólo vertiera la lengua, sino que fuera capaz de arrumbar los dioses de toda la vida y poner otro enteramente distinto en su lugar. Era preciso un traductor que no sólo dominara la lengua sino que llegara a las mentes con unas propuestas de salvación hasta entonces inauditas.

El único y principal punto de contacto —notabilísimo— era la actitud cercana, respetuosa y testimonial de los religiosos a los que pronto se agregaron dominicos y agustinos, a los que los indios diferenciaban a la perfección respecto a la mayoría de los españoles que arribaron. A uno de ellos le llamaron en náhuatl *motolinía*, el *pobre* (Toribio de Benavente). Pero sólo la cercanía, la sencillez o la ayuda leal no eran capaces de quebrantar los obstáculos culturales, y especialmente los religiosos. Se han conservado afortunadamente testimonios en los que los indios expresaron su sincera resistencia, su convencimiento diverso, frente a las nuevas proposiciones.

## Atisbos de cambio

La actitud de los españoles, conquistadores, fue la de someter y erradicar todo lo precedente. La actitud de los religiosos, cuando les fue posible, fue la de erradicar el culto idolátrico en todas sus manifestaciones. Tal criterio iba asociado a la idea de participar de la religión cristiana, verdadera, así como hacer desaparecer las manifestaciones de barbarie, de inhumanidad, de crueldad, de idolatría.

Esto provocó la pérdida de un número desconocido de códices prehispanos, de imágenes, de canciones o de literatura (oral o escrita): fue algo a lo que la mayoría de los españoles asentía. Hasta que (hacia 1529) Bernardino de Sahagún, hábil conocedor ya de la lengua y los criterios idolátricos (que habían emigrado a la clandestinidad) comenzó a recoger, valorar, conservar las manifestaciones religiosas y culturales que pudo. Y al comenzar a apreciarlas se produjo la nueva actitud de la conservación en lugar de la destrucción.

Él cayó en la cuenta de que en los códices había una literatura, una historia y una ciencia no escrita, sino dibujada, que era su forma cultural de expresión. Esto llevó insensiblemente a la idea de que, además de la expresión oral (predicación, enseñanza, discusión) podría emplearse la expresión dibujada (para la cultura de los indios era su expresión *escrita*), y que ambas se complementaran y reforzaran.

## Fusión de culturas: colaboración estrecha

De ahí que resulte falsa la idea, bastante repetida, de que los catecismos pictográficos surgieron muy pronto: «Este librito es de figuras con que los Misioneros enseñaban a los Indios a el (sic) principio de la conquista de Indias», reza falsamente una inscripción espuria en el catecismo asignado a Pedro de Gante. Aún resulta más falsa la idea recogida por algún investigador al asegurar que los indios tuvieron la iniciativa de llevar a cabo estos catecismos, y fueron realizando a su aire lo que recibían de los misioneros por medio de la enseñanza oral.

Esto sólo puede surgir del desconocimiento de cómo se llevaron a cabo las labores de enseñanza, iniciación y evangelización. Por ejemplo, es sabido el caso del dominico Domingo de la Anunciación, que, mientras aprendía náhuatl, se dirigía a los indios por medio de intérprete (los llamaban *lengua*): cuando descubrió la sesgada

traducción que hacía de sus palabras, el intérprete fue despedido y se lanzó el mismo a usar el náhuatl.

A la hora de los catecismos pictográficos, hubo —si bien no está documentada— una labor de inspiración, de dirección y de inevitable control, a fin de que los catecismos no expresaran cualquier cosa, fueran o no conformes a la fe cristiana. Los pictogramas, cada uno de ellos, hubo de ser sometido a ensayo, ya que tenían que reunir una serie de condiciones: que fueran claros, que fueran bien entendidos e interpretados por los indios, que no estuvieran tocados de idolatría, que fueran transmisores fieles de la fe cristiana, que no dieran lugar a ambigüedades,... Si no se daban estas condiciones, no podían ser incorporados a los catecismos pictográficos.

En una labor de auténtica colaboración, religiosos y dibujantes (en náhuatl, *tlacuiloque*) ensayaron y probaron una y otra vez. Y los borradores que no reunían los requisitos necesarios eran desechados, y había que emprender la búsqueda de otros nuevos. La dirección de lo que querían transmitir, y la fidelidad a la fe eran la principal aportación de los religiosos; el entronque con la cultura indígena, con sus formas de expresión y su idiosincrasia constituyeron la principal aportación de los dibujantes. Pero unos y otros estuvieron codo con codo laborando para dar forma a estos catecismos. Lo que hoy nos ha llegado es el resultado final, ya depurado, cribado; ya en limpio. No nos han llegado los bocetos desechados, los pictogramas ambiguos, los dibujos erróneos ni los que podían dar lugar a confusión.

Como suele pasar casi siempre, es fácil admirar la obra de arte acabada, sin pensar demasiado en los esfuerzos previos que llevaban al resultado deseado.

## Variedad dentro de la unidad



Los catecismos pictográficos tratan de presentar sustancialmente lo más fundamental de la fe cristiana. Dicho con otra expresión, es obligado equiparlos con las que —impresas— conocemos como *cartillas de la doctrina cristiana*: breves escritos que compendian unos cuantos elementos básicos. Pero, igual que ocurre con las *cartillas de la doctrina*, los catecismos pictográficos no tienen todos los mismos contenidos, ni los presentan en el mismo orden, ni

coinciden plenamente en las expresiones (salvo los que son copias de otros, y aún así con diferencias notables, según los casos).

En sus páginas se encuentran las principales oraciones: señal de la cruz, padrenuestro, avemaría, confesión general,...; los principales formularios o enunciados (que no son propiamente oraciones): el credo, los artículos de la fe, la lista de mandamientos de Dios o de la Iglesia, la de los sacramentos,...; un breve compendio de catecismo propiamente dicho con preguntas y respuestas (no siempre las mismas, ni siempre la misma cantidad).

En tiempos de centralismo, como son los actuales, esto puede parecer un despropósito y en cierta forma una pérdida de energías. Pero aquellos eran otros tiempos, y cada uno que emprendía esta labor (o cada equipo de trabajo) se movía con libertad a la hora de proponer o no una oración o un formulario. Es preciso señalar —para que nadie se eche las manos a la cabeza— que otro tanto sucedía en España con los catecismos y cartillas que aquí se escribieron e imprimieron.

Sin decir algo distinto, hay que señalar que algunos catecismos nos han llegado, por ejemplo, sin el padrenuestro, pero en la certeza de que lo tuvieron antes que el uso, y el mal trato provocaran la pérdida de algunas páginas.

Algún catecismo ha llegado a nuestros días muy sucios y con notables pérdidas de papel (y de pictogramas) en las páginas conservadas. Y, aunque hubiera sido deseable decir lo contrario, es preciso felicitar, porque es la demostración más evidente que de fueron empleados y reemplazados una y otra vez, generación tras generación, y por sus páginas pasaron multitud de dedos y de ojos que aprendían la fe cristiana, a la vez que debilitaban poco a poco el papel. Este aspecto no resulta demasiado valorado por antropólogos y amantes de la cultura, pero debe ser debidamente conocido y tenido en cuenta por los cristianos.

## **Catecismos pictográficos anónimos**

La mayor parte de los catecismos pictográficos que conozco son anónimos. Es síntoma de la entrega a la labor misionera, en la que no se buscaba demasiado el aprecio. También es síntoma del empleo de copias, aunque quizá cada uno de los propiamente originales pudiera llevar nombre.



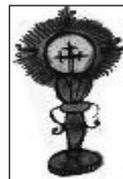
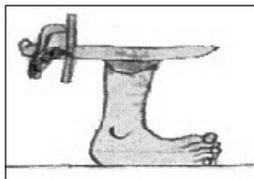
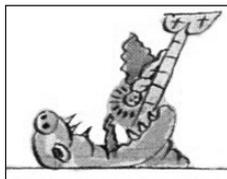
Hay tres que escapan a esta norma. El que se asigna a Pedro de Gante no es de él, sí la razón de atribuírselo es la presencia de un autógrafo en sus páginas, porque la realidad es que el autógrafo no figura en el primero, sino en el segundo de los dos que están encuadernados juntos, que es *incompleto* (no fragmentario), cuyo contenido no coincide con el anterior, mientras que el primero es anónimo. El que se atribuye a Bernardino de Sahagún no pasa de una mera atribución posterior, sin que se pueda asegurar nombre de autor. Y el que tiene en sus páginas el nombre de Lucas Mateo (exactamente, Locas Matheo) lo rubrica como «escribano», que podría equivaler a «autor», o que podría quedar en quien llevo a cabo la escritura del texto náhuatl que acompaña a los pictogramas.



Hay alguno en los que los pictogramas inducen a pensar en la autoría de algún religioso franciscano o dominico, porque los dibujos lo muestran con claridad; pero no se puede llegar más lejos en atribuciones seguras.

## Las fuentes de los pictogramas

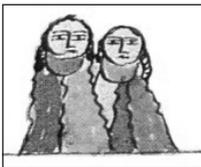
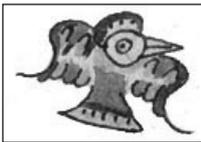
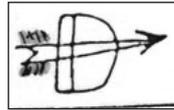
Dado que se produjo una colaboración estrecha para orientar, dirigir, hacer ensayos, dibujar y redactar los catecismos, los equipos que los fueron redactando en cada ocasión, fueran pocos y muchos sus miembros, dejaron sus huellas, como resultaba inevitable. Examinados con un cierto detenimiento, sobre todo en aquellos catecismos que resultan más nítidos, se aprecian vestigios de la cultura española, así como huellas de la presencia indígena en su realización.



Algunas muestras de la presencia española, que los indios vieron en manos de éstos y que se incorporaron a los catecismos pueden ser, por ejemplo, la espada; de la misma forma, como una representación abundante en Europa, cuando era preciso hablar del infierno como un monstruo insaciable que devoraba a los pecadores, ésta es la representación que pasa a los pictográficos; y cuando era preciso presentar los sacramentos, concepto inexistente en el ideario de los mexicas, repre-

sentaron la imagen que se refiere a la eucaristía, que cualquier muchacho español no tenía problema en identificar. En contacto habitual con los españoles, algunos de estos dibujos que inicialmente resultaban desconocidos para los indios pasaron a ser usuales, y, por consiguiente, pudieron ser empleados en los catecismos pictográficos, sin que se diera el problema de que no resultaran adecuadamente entendidos.

A la inversa, son también visibles las huellas de la presencia de indios dibujantes, los *tlacuiloque*, —cristianos ya, o en vías de serlo— en la realización de estos catecismos. Unos ejemplos de estos los podemos encontrar cuando en el padrenuestro había que emplear el adverbio comparativo así, para lo cual emplearon este pictograma, que representa a una liebre agazapada, y que se encuentra representada en códices anteriores a la presencia española. Por descontado resultaba parte integrante de sus vidas la representación que pasa a los dibujos de los pictográficos, y que no revestía problema identificar, como el arco y las flechas. De la misma forma, la imagen de un trabajador, un *macehual*, que llevaba al hombro su herramienta de trabajo, la *coa*, resultaba natural a la vista de los indios cuando leían las páginas de un catecismo en que estaba presente.



Los ejemplos se podrían multiplicar mucho más, pero hay otro tipo de pictogramas que, en principio no tendrían que incluir vestigios tan evidentes. Uno muy claro es la representación clásica del Espíritu Santo con la imagen de un ave; ésta no tiene característica particular alguna en el pictograma del catecismo *náhuatl*, dibujado en blanco y negro, pero está ornado de plumas coloreadas en el otro catecismo (CB905) que lo aproximan a la realidad de numerosos pájaros americanos. Algo semejante sucede con la representación de la idea de la *mujer*, porque su cabello largo la distingue del varón; el tipo de vestido podría ser aleatorio y resultaba más fácil que los pictogramas representaran una túnica hasta los pies. De esta forma aparecen plasmadas dos mujeres. Pero no resultaba igual a los ojos de los indios cuando contemplaban a una mujer indígena con el peinado típico del valle de Toluca.

Aún es posible contemplar otras dificultades para representar por medio de pictogramas conceptos abstractos. Es el caso de la necesidad de expresar la idea de *perdón*, de *ayuno*, de *mandamientos*, o de *día*, por proponer algunos ejemplos. Cuanto más abstracto sea el concepto, más difícil es la representación, y se percibe que es indispensable una verdadera convención en los equipos de trabajo para acertar con el pictograma exacto que pudiera representar el concepto, y que fuera suficientemente entendido por los lectores de los catecismos:



Perdón, borrar [pecados]

Ayuno , ayunar

Mandamientos

## Otros detalles en los pictogramas

El presente trabajo no trata de ser más que una breve muestra, y no sería posible desgranar todas las posibilidades. Hay un detalle, sin embargo que no es posible dejar de reseñar, ya que resultaba obligada la representación de personas, particularmente personas vinculadas con la exposición de las fórmulas de la fe. Por eso no se podía obviar la plasmación —difícil— de la *Trinidad* santa. Tampoco era posible omitir la imagen (o el símbolo) que representara a *Dios*, que ciertamente cambia muchísimo de unos catecismos a otros, y que incluso sufre modificaciones en el seno de un mismo catecismo. También había que realizar pictogramas que mostraran al *Padre*, al *Hijo* (más otro diferente cuando se trataba de decir *Jesucristo*, y otro más para hablar de *Jesús*), al *Espíritu Santo* (ya mostrado). Era preciso dibujar a *María*, al *sacerdote* (denominado también *padre*, y a veces representado con el mismo pictograma que Dios *Padre*). Tenían que aparecer *san Pedro*, *san Pablo*, *san Juan Bautista*, en la confesión general; era preciso dibujar a la mismísima *Eva*, en el transcurso de la salve. Y había de figurar *Poncio Pilato* en el decurso del credo. También aparece en alguna ocasión el *papa*. Y por descontado había que representar al *diablo*. La enumeración es larga, casi inagotable.

## Alguna precisión más como conclusión

Los catecismos pictográficos conocidos son muy variados. Sus tamaños oscilan entre pequeños libros de bolsillo, y grandes formatos para ser contemplados en la pared de la iglesia o del claustro. Varían también

—y mucho— en la calidad de los dibujos, ya que los más grandes permiten finura de detalles que los pequeños no tienen. Además la pericia mayor o menor del dibujante determina su mejor o peor lectura.

Los hay simplemente con dibujos en tinta negra sobre papel blanco, y otros muchos coloreados, lo que presta otro talante (con la dificultad añadida de que con frecuencia los colores empapan el papel y repasaban a la página anterior o la siguiente). Algunos van acompañados de un texto *náhuatl*, paralelo, que complementa los pictogramas, y que ofrece otra lectura no exactamente igual que la que se deduce de las propias imágenes (para los que entienden el *náhuatl*).

Algunos incorporan las oportunas divisiones por partes, que diferencian unas de otras, mientras que en otros casos hay que hacer verdaderos equilibrios para adivinar dónde situar un comienzo o un final. En algún caso llevan incorporadas algunas anotaciones originales, que son valiosas pistas para su lectura y desciframiento. En otros casos, como han pasado por manos diversas, en algunos catecismos han quedado escritos sobre el mismo papel intentos zafios de traducción, que eran abandonados cuando quien lo pretendía comprobaba que no conseguía acertar en los intentos fallidos de traducción.

Los esfuerzos que tuvieron que realizar españoles e indios para llegar a entenderse no resultaron fáciles de superar: los balbuceos lentos, los fracasos por falta de la palabra adecuada o del matiz preciso se fueron superando poco a poco, lentamente y con dificultades.

Cuando ya existía el suficiente conocimiento de una y otra lengua, fue posible comenzar a presentar la fe cristiana con cierto éxito. Éste era el motivo principal de la presencia de religiosos en tierras de América. Algunos de ellos se fijaron en las pinturas indígenas y, a partir de ese momento, comenzó un proyecto de la más estricta colaboración: los religiosos aportaban los conceptos que deseaban presentar; y los pintores indígenas, los *tlacuiloque*, trataban de plasmarlos en imágenes, en dibujos.

Los catecismos pictográficos son el resultado final de esa colaboración, codo con codo, para formular la fe cristiana. Más que su belleza, más que su ingenuidad o sus cuidados dibujos, es preciso saber descubrir en ellos el resultado exquisito de una voluntad de entenderse a través de un sistema tan sencillo y a la vez tan complejo, para iniciar en el conocimiento del cristianismo a los habitantes de México. «Id, y anunciad el evangelio a toda criatura».